

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
 N.º 104
 Febrero 23 de 1896

PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva-
 lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

La prensa en broma



Rómpase allá el español
 la crisma con el cubano;
 que con duros en la mano
 vale más gozar del sol.

Y pues *La España* de allá
 no da gloria ni da holgura...
 buscar vida más segura
 y cómoda en la de acá!

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Doloras», por C. Lenguas—«Para Ellas. Luisa», (continuación)—«Teatros», por Re-Bemol—«Coplas», por Pipiolo—«A cuatro manos», por C. L.—«El retrato de hoy»—«Avisos».

GRABADOS—La prensa en broma *La España*, por Wimplaine II—Aimbrosio Thomas, por Aurelio Giménez—«Después del Carnaval», por Wimplaine II—La gracia ajena. El baile de etiqueta, por Mecachis—y varios intercalados en el texto, por A. Giménez



Parece que escribir sobre la brutalidad, que es lo que yo pensaba hacer ha de ser á más de fastidioso poco nuevo, dado lo viejo del tema y la gran cantidad de seres inhumanos que hacen gasto de ella; pero la cosa es tan del momento y tan de casa, que nadie que sea buen uruguayo podría tachar el asunto de poco interesante.

Porque la verdad, y la verdad muchas veces probada, y prueba siempre defendida por los interesados, la verdad es que los de este buen pueblo tenemos derecho á que todo el orbe nos reconozca una afición innata y bien definida á la brutalidad alegre.

Y ustedes disculpen si esto llega á sonar mal á los oídos delicados, pero esos diablos de gramáticos, ó el uso, ó lo que sea, han puesto ciertos nombres á ciertas cosas, que á veces parecen más feos los nombres que las cosas, por más que, sin disputa, sean más feas las cosas que los nombres.

Pues si señor; y vaya esta frase vieja para reanudar conversación sobre cosas viejas. Poseemos un *sprit* digno de los grandes pueblos por lo pesado, y es muy natural que nos preocupemos de lucirlo en cuanto se nos presenta ocasión.

Es cuestión de temperamento; cada pueblo tiene su nota característica y nosotros por no ser menos tenemos las famosas y anodinas del Ferrocarril del Oeste y la típica como colectividad humana además.

El pueblo italiano es músico y come tallarines; el pueblo francés es espiritual aunque rasca las *rrr*; el inglés es comerciante y se apodera hasta de la Santísima Trinidad en forma de isla; el español es ardiente, generoso (sin contar los gallegos y la cuestión de Cuba) y dice malas palabras; el alemán es militar y toma cerveza en *choppe* y á París en cuatro meses; el pueblo turco es sensual y gasta eunucos; el uruguayo es brutal y tiene malos gobiernos.

He ahí todo; cada loco con su tema.

Ahora bien; para lucir esta nuestra cualidad característica, necesitamos la ocasión propicia; y como para eso se creó el Carnaval en el Uruguay, jamás dejan de aprovecharla los bromistas habitantes de la muy

heróica Montevideo, para no dejar de hacer las cosas á lo heroico.

No me acuerdo en qué artículo de no recuerdo ahora qué autor, leía yo hace tiempo algunos detalles del carácter aragonés que no dejan de ser interesantes por más que nos rocen de cerca.

Los buenos baturros del pueblo del autor no recordado, que son también muy bromistas, se disponían, retozándoles la risa en todo el cuerpo y en una boca de medio metro con *yapa*, á celebrar su llegada con una fiestecita á la usanza del país.

¡Para fiestas los baturros! El año anterior, festejando la llegada del secretario del ayuntamiento vecino habían soltado á la calle seis toros que los divirtieron en grande destripando á un transeunte, pisoteando algunos chicos y rompiendo á cornadas las vidrieras de los comercios y los vientres de los perros vagos y sin familia.

El autor, por aquello de que «cuando las barbas de tu vecino veas pelar pon las tuyas á remojar», renunció modesta y preventivamente á los honores de la recepción, prefiriendo marcharse con la personalidad íntegra aunque sin gloria.

—Pus es lástima, le dijeron cariacontecidos los compatriotas admiradores. Porque íbamos á divertirnos.

—Sí, me lo figuro, respondió él; pero no puedo detenerme; lo siento en el alma (y no quiero sentirlo en el cuerpo).

—Pus, muchachos,—dijo entonces el director de la fiesta. ¡A guardar las varas! ¡Ya no ha festejo!

—¿Y qué festejo iban ustedes á hacerme con varas?

—¡Ah señorito! ¡Y que no se quede usted!... contestó el otro relamiéndose. Íbamos á darle una paliza... ¡Pero *mia* qué paliza iba á ser!...

Pues parecidas hacemos las cosas por acá, y eso sin ser baturros. Como se trata de brutalidades, nos gustan las bromas de fuerza; hay ciertos paladares que necesitas platos fuertes para sentirles el gusto.

Pero, gracias á Dios, hasta ahora no nos ha faltado, cada año, la ocasión de hacer unas cuantas brutalidades para desahogo.

Verdad es que se va degradando un poco la cosa; pero ¡qué le hemos de hacer! Como quiera siempre nos queda el recuerdo de los buenos tiempos.

Entonces sí que daba gusto vivir en Carnaval, en aquellos tiempos en que don Lorenzo Latorre por no ser menos bruto que sus gobernados, obligaba á todos los coches portadores de damas á que pasasen, bajo pena *ad hoc*, frente á la Jefatura, para los consiguientes efectos de ducha dictatorial y humillación anexa.

Entonces sí se daba uno el modesto placer de derramar pulmonías caseras sobre la humanidad de los transeuntes ingenuos, y acertar bombas de á libra en la boca del estómago de los individuos mansos; porque como se trataba de divertirse y gozar, la mejor manera de hacer gozar á un paseante era hacerle pasar á mejor vida.

Pero con esto, como el agua es, desde que se conoce, líquida, sobre todo en el verano, lo único que se lograba era dejar mojado como una babosa al paciente, ó cuando más inocularle un reumatismo ó una congestión pulmonar que le ultimaban recién á los ocho días, cuando ya se le habían pasado á uno las ganas de verle cadáver. Y como esto era diversión demasiado inocente para brutos de talla, como lo son los bromistas de nuestra tierra, buscando la manera de deteriorar al transeunte recurrían á los huevos y se dedicaban á hacer tortilla de pelos crespos en la cabeza de las víctimas, ó hinchazones graciosas en los ojos inocentes. Luego, cuando ya salían unos cuantos con las barbas rebosadas y la cabeza dolorida, cansados nuevamente los jugadores y no encontrando otra cosa de más fuerza que tirarse, concluían por tirarse tiros y así terminaba bien la fiesta con unas cuantas cabezas vaciadas, y con orificios intercalados en el hueso.

Pero en este condenado mundo todo ha de pasar... Pasó aquello y nos quedamos sin brutalidades lícitas hasta que se dijo que en Europa se jugaba al Carnaval con dulces, bombones y similares.

Esto era muy elegante y agradable, sin duda; aparte de que se hacía en Europa y por ende era menester que lo hiciéramos nosotros, imitando la moda europea á nuestro modo.

Empezamos, ó más bien dicho; empezaron

á bruitear con la nueva moda para no perder la costumbre ni renegar de la tradición.

Para principio, se servían los jóvenes de la *high-life* de confites con verso; despues, como más barato y más eficaz para saltar un ojo á cualquier niña, fueron adoptados los porotos y garbanzos y con ellos se dieron á apedrear los carruajes demostrando, con orgullo lo decimos, un vigor físico en eso de *aprotear* á las jóvenes bellezas, que les envidiaran los changadores más gallegos de Europa y Canelones.

Llevados de la afición innata hubieran concluido por destrozarse alegremente á pedradas el físico de todas las hermosas dejando por el suelo la estropeada plástica, ya que no es factible, mientras no inventemos un sistema apropiado, llevar á la práctica el viejo modismo de *romper el alma* á las niñas que concurren á dar encanto al famoso corso.

Pero también esto pasó, en virtud de la gran ley de la evolución de la brutalidad, y la Europa nos echó en las manos las *serpentinatas*, juguete muy elegante y bonito, pero incapaz de causar la más mezquina contusión á la más delicada nariz de joven escotada. Era simplemente ridículo, si se había de seguir la forma usada hasta ahora en el tal juego. Tanto equivalía dar á un caballo un ramo de flores!

No obstante, con paciencia y brutalidad todo se arregló. Puesto que con las serpentinatas, graciosamente desenvueltas no se lograba siquiera sacar un par de muelas á las niñas concurrentes al corso, arrojando las serpentinatas enteras, sin desarrollar, á guisa de pedrada, se podía con habilidad y fuerza causar algunos desperfectos en las sonrosadas faces de las tales, ó cuando menos en las narices de los cocheros románticos, á alta de otra cosa en qué ejercer la afición.

Y así empezó á divertirse tan ricamente la juventud elegante.

Por su parte las máscaras, para no desdeñar, bruteaban por su lado, y como son muy bromistas las máscaras uruguayas, se encarraban de pronto con Llovet, pongo por ejemplo, y le decían:

—Ché! Qué animal sos!

Y todos reían al oír esta broma espiritual muchas veces repetida con una ú otra víctima. El repertorio no era variado, pero en cambio no pecaba por falta de abundancia.

Por último, como las serpentinatas á guisa de piedra no surtían bastante efecto y las lesiones eran escasas, acabaron por formar grandes pelotas con los restos de serpentinatas que hallaban en el suelo, y arrojarlas con fuerza á los carruajes.

Esto dió más resultado y la gente empezó á divertirse de nuevo.

A nuestro gran poeta Fernández y Medina, que paseaba plácidamente con una familia, sin respeto á su escasa edad, ni á su inocencia, ni á su labor que enriquece día á día la naciente poesía uruguaya con nuevos metros (placer de erudito refinado), le derribaron la galera con una pelota de papel que á él debió parecerle una nube gorda.

—Pero nosotros somos así,—como me decía un sietemesino blanco como un pato tóxico, y que se hace ropa al fiado.—Todos los bromistas nos reunimos de noche frente al Club Uruguay, donde va lo más *chic* de la *jeunesse dorée*, y allí los *lyons* empezamos á divertirnos que es una barbaridad. ¿Pasa un coche con muchachas? ¡Pif, paf, pum! Pelotazos y pelotazos de papel, tirados *con toda el alma*; las muchachas chillan y se enfurecen al sentir el golpe y nosotros gozamos como animales.

—Eso es.

—El miércoles sí que fué rico; le tiré uno á la de *** que le dió en la *misma jeta, che!* Pero como los papeles los había recogido del suelo, debieron llevar algo, porque ella se limpió al tocarlos, é hizo un gesto de asco mirándome.

—Es natural.

—Claro! Sin duda la ensucié!... ¡Nunca hemos gozado tanto!

Y le vinieron convulsiones de risa al acordarse de aquella diablura, como si le estuviesen escarbando con un palo por dentro.

—Eso sí—continuó—algunos cocheros á quienes les volteábamos á pelotazos la galera, como al poeta criollo Fernández y Medina, se enojaban, y uno quiso darnos un latigazo.

—¡Caramba!

—Eh!... Pero se guardó bien de hacerlo. Entre todos lo matamos. Eramos como doscientos...

No es posible tener más seguridad. Sobre todo, cuando la policía adopta la *actitud correcta* que llaman los diarios, y que consiste en dejar que brutée el buen pueblo. Porque aquí va así la cosa. Cuando no hace brutalidades la policía, las hace el pueblo elegante; la cuestión es mantener siempre activo el fuego sagrado de la nota característica.

De todos modos, la gente ha de distraerse de algún modo, siempre que resulte lesionado algún prójimo.

Y al fin, mientras sigan con los pelotazos, menos mal; como no se les ocurra el año que viene bañar con kerosene á las niñas y prenderles fuego enseguida!...

Porque el que es bromista es capaz de cualquier barbaridad.

Por otra parte, lo de los pelotazos desgaleadores tienen su razón de ser, como me decía un amigo á quien yo me quejaba de esta nueva forma de la brutalidad:

—Pero hombre; gobernando Idiarte Borda ¿qué le estraña á usted que estén de moda los pelotazos?

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

DOLORAS

¿Por qué rechacé á Corina, por qué la desprecié yo? Por una falta tan leve castigarla, me pesó. Y el alma de gozo llena, supe después, conmovido, que á ella también le pesaba, pero mucho, su marido.

Era de origen modesto, más yo la amé con pasión. ¡Cuántos ramos de *myosotis* di á esa péfida Asunción! Pero la suerte bendita, reparó mi honor burlado. ¡Vila, triste, ir á comprar (!) calabazas al mercado!

C. LENGUAS.



LUISA

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»

(Continuación)

Mme. Bernard, á pesar de las instancias de su hija y de su yerno, no quiso quedarse á vivir con ellos, aún despues de la muerte de Mr. Bernard. La buena señora había sostenido siempre,—por un

ejemplo que tenía á la vista,—que suegras y suegros eran tarde ó temprano elementos de discordia.

No reflexionaba que la presencia de una madre es también en extremo importante y tiene gran influencia en la conducta de una jóven

Nuestros dos primeros capítulos nos han servido de exposición. Nuestros principales personajes son ahora conocidos; los demás se darán á conocer ellos mismos, y en cuanto á nosotros desaparecemos de la escena.

III

—¿Qué tiene tu marido querida Luisa? Se parece á un puerco-espín.

—¿El? Nunca está contento. Desde ayer está de mal humor.

—¿Desde ayer, eh? Pues entonces es como mi ilustre esposo; ya tienes para días, y de aquí á que veas brillar el sol en el cielo conyugal.... Mr. Camphrinet está enfadado ordinariamente ocho días.... á no ser que se vea obligado á afeitarse.

—¿Y qué relación hay entre el enfado de Mr. Camphrinet y su barba?

—Te lo diré. Mr. Camphrinet no ha dejado nunca, desde que nos casamos,—y ya hace de esto treinta y ocho años—de venir á abrazarme en seguida que se afeitaba...

—Entiendo: daba á Vd. las primicias...

—De su barba. Ahora bien; según él, ese abrazo periódico y reglamentario constituye un tratado de paz, una amnistía plena y entera. Hay, como se dice, cordial armonía entre nuestros dos gobiernos.

—Esa es una costumbre muy laudable.

—Si nuestra querella empieza el lunes, la guerra dura hasta el domingo siguiente; es decir, siete días completos; si nuestra disputa data del martes, las hostilidades son de seis días... así sucesivamente. ¿Sucede lo mismo en tu casa?

—¡Oh! ¡no! ¡ocho días enfadados! ¡ocho días sin decirnos nada!... ¡Serían para mí ocho siglos!... ¡me moriría de pena!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!... Ya se conoce que no lleváis más que un año de matrimonio...

—¡Un año y quince días!...

—Cuentas los días... suspiras... Decididamente, tú tienes algo. Vamos á ver, ¿no eres dichosa, hija mía? Confía tus cuitas á mamá Camphrinet.

—¡Ah! mi querida señora Camphrinet, soy muy desgraciada! exclamó la joven Luisa Bernard,—ahora Mme. Deslandes desecha en lágrimas, y dejándose caer en los brazos de la antigua amiga de la familia.

Empero antes de pasar adelante, digamos dos palabras sobre Mme. Camphrinet.

Tiene cincuenta y nueve años, es alta y gruesa como un barril; sus robustos atractivos, su abdomen elefantesco, la impiden mirar á sus piés con harto dolor suyo, porque cree que son encantadores. Es una mujer de tomo y lomo, según la expresión de sus antiguos vecinos de la calle de los Lombardos; alta en virtud y colores; que conoce á todo el mundo como á los dedos de su mano; que no sufre que nadie le replique, pero al mismo tiempo buena, caritativa y desinteresada; un cordero por la dulzura... con tal que se haga su voluntad y que no se trate delante de ella la espinosa cuestión del supremo poderío de la barba... Infeliz del imprudente que se atreva á sostener en su presencia que la mujer debe obediencia al marido; que el hombre es el amo, y otras proposiciones anti-femeninas; entonces no es una mujer, es un león, es un búfalo; entonces sopla, muge; su elocuencia toma las proporciones de un fuelle de herrería; y á falta de razones con que confundir á su adversario y abrumarlo, se apoderaría de cualquier cosa para conseguir este objeto: eso es lo que Mr. Camphrinet, su esposo, llama un argumento *ad hominem*.

Sin embargo, debemos decir en honor de Mr. Camphrinet, que jamás se ha permitido su mujer servir para con él de su retórica privada, puesto que el ex-droguero es por naturaleza poco sufrido.

Mme. Camphrinet no tiene hijos, solo tiene sobrinos; quiere á Luisa como hubiera querido á su propia hija, y cree que de ningún modo le prueba su ternura que inculcándole ideas y principios de independencia conyugal.

Sabido esto, volvamos á la escena que dejamos empezada.

—¡Hola! exclamó la antigua droguera, ya estaba yo segura... ¡Los hombres son unos monstruos!... y Camphrinet que no quería creerme cuando yo le decía...

—¿Qué! dijo Luisa enjugando las lágrimas que á guisa de perlas vertían sus ojos.

—¡Toma!... que tu Deslandes, con un aire de no quebrar un plato, es un tirano, un déspota, un... cualquier cosa... y qué sé yo qué más!

—¡Oh! no, no es lo que decís... es bueno, es dulce, es...

—Entonces ¿porqué eres desgraciada?... ¿A qué vienen esas lágrimas?

—Es que ayer... me ha...

—¿Pegado?... ¡Te ha pegado!... ¡Ah bribón! ah cobarde! ah infame! Es posible que se porte de ese modo... con un ángel como tú... dulce como una oveja!... ¡Ah! Con que te ha pegado!... pero ese hombre es un monstruo! ya verás como acaba en un suplicio!... Pero no, no será así... Ahora mismo vas á dejar esta casa... te irás con tu madre... ó á mi casa... por vida!... Si Mr. Camphrinet se hubiese permitido... ¡Ah! con que te ha pegado!... ¡Uf! Me ahogo, me sofoco.

Y en efecto, la buena mujer se sofocaba realmente. Había empezado su catilinaria con una violencia, una volubilidad capaces de aturdir al hombre más intrépido; gesticulaba, andaba, ó más bien saltaba, sudando sangre y agua, falta de aliento, y enseñando los puños á un retrato de Mr. Deslandes; en fin, hubiese inspirado miedo, á no haber inspirado risa.

Sin embargo, el huracán se detuvo, paróse la tempestad, y Luisa se aprovechó de ello, para decir, protestando con la vista contra la acusación lanzada á su marido.

—¡Pero os digo que no! que mi marido no me pega! ¡El pegarme! oh! mal le juzgáis... está demasiado bien educado... es demasiado bueno, y me quiere en extremo, mi querido Marcial.

Mme. Camphrinet se quedó con la boca abierta y los brazos en el aire: aprontábase á largar una maldición sobre el retrato al daguerreotipo de Mr. Deslandes, cuando de repente apaciguóse su cólera, y toda su ira desapareció como por encanto.

(Continuará)

TEATROS



El jueves se estrenó en Cibils el émulo de Frégoli, señor Rafael de Arcos (hijo).

Bastante concurrencia asistió al estreno del jóven artista, que desempeñó con éxito sus papeles, demostrando á la vez ser un transformista que imita con felicidad al famoso Frégoli; recibió calurosos aplausos de parte del público.

Añadamos que como actor cómico es bueno, bueno, pero bueno de verdad.

El señor Arcos (padre) es un excelente baritono ya conocido y aplaudido en otro tiempo por nuestro público.

El *Duo de los paraguas* cantado por los chicos fué una verdadera monada que agradó sobremanera al público, haciéndole prorrumpir en aplausos muy bien ganados por los pequeños artistas.

RE-BEMOL.

COPLAS

Morenita de mis ojos
morenita por quien muero
si te pones frente al sol,
le vas á poner moreno.

Te vi en el confesonario;
inútil lo considero,
porque limpiar tu conciencia
es como limpiar á un negro.

Yo quiero que te asomes,
luy de mi ojos;

PUES DEL CARNAVAL



val
n día
aria



CARRAS Y CARRAS

AMBROSIO THOMAS

pero tú no te asomas
ni por asomo.

Como creí un imposible
el ser dueño de tu amor,
se lo rogué á Santa Rita,
y la santa me escuchó.

Ahora quisiera olvidarte,
olvidarte para siempre...
se lo ruego á Santa Rita,
y no puede complacerme!

Toditas mis penas
con gozo las guardo,
pues eso es solo, morenita mía
lo que tú me has dado.

PIPILO.



A cuatro manos

Hay cosas que parecen cuento, y sin embargo, no lo son. Contadle á cualquier extranjero que por nuestra calle principal, por calle 18 de Julio, ha navegado un buque, y veréis cómo se rie de vos; y no obstante ¡qué verdad eternamente bochornosa!

Por otra parte, aquí, donde los montes son de árboles, y no de piedra ni de tierra, los chinos descienden de los charrúas y españoles, las turcas no tienen otro Sultán que algún perro cariñoso de ese nombre y los turcos usan turbante en Carnaval únicamente, los orientales han nacido en el Uruguay, y no en el Oriente, las galeras son el orgullo de muchos hombres honorables, la butifarra es un artículo de broma, tanto ó más que comestible, los dragones visten traje civil, en conventillos no viven monjas, sino lavanderas, planchadoras y vendedores de fruta, los sacos son prendas de vestir, los gatos no comen carne cruda ni cazan ratones, los guisos se pasean muy onordamente por nuestras calles sin haber entrado jamás en la cazuela, se toma café frío... aquí, repito, donde se ven tan extraordinarias realidades, ¿puede ponerse en duda cualquier cosa, aún lo más inverosímil?

No y no; y por ello es que voy á narraros una historieta, confiado en que no me negaréis su autenticidad; una historieta que me contó un amigo, á quien falto por esta vez, pues me impuso la condición, antes de referirmela, de que no habría de contarla á nadie.

Es que la casa de su padre había sido el lugar de la escena.

No obstante, mi amigo no tenía por qué avergonzarse; ni su padre ni él eran los culpables, los torpes. El criado: éste era el único culpable.

... Aquella noche debería efectuarse en casa de mi amigo una fiesta en obsequio de su mamá, que cumplía los cincuenta, atentando abiertamente contra los Registros Parroquiales. Mas esto no hace al caso; cumplía ella los cincuenta sin cuenta, y su esposo quería festejar tal acontecimiento de una manera digna y memorable. ¡Que se recordase eternamente aquella fecha! Lo malo es que el esposo no tenía los medios de fortuna suficientes para darse el lujo de deslumbrar á sus invitados: era pobre, lo cual, en ciertas circunstancias de la vida, suele resultar poco digno, á pesar del eterno pero consolador que le precede. El tenía una habilidad: tocaba el piano; sus hijas sabían hacer compota de peras y bizcochuelo, y la menor de ellas recitaba poesías sin respirar, de un tirón, tosiendo al final, ahogándose, lo que es muy caritativo para la bodega del anfitrión, pues viéndose obligada la recitadora á be-

ber agua al concluir, mal puede antojárseles á los invitados vinos y licores, agravando con ello los gustos de la niña de la casa, que la extrema corteja ordena imitar siempre y en todos los casos.

Así pues, con piano, compota de peras, bizcochuelo y poesías con vaso de agua al final, muy bien podía organizarse una fiesta decente y agradable.

Pero el dueño de casa quería algo más, algo que no dependiese de las habilidades de la familia. Ocurriósele de súbito una idea; mas no dijo como en las comedias golpeándose en la frente: «Ah! Qué idea!» No: callóse, y llamó al criado, un criado ingeniosísimo para sacar de apuros á cualquiera y que su amo le apreciaba en lo mucho que valía.

—Jacinto, óyeme—dijo el anfitrión.—Esta noche tengo fiesta, y es preciso que tú te muestres.

—No, señor; no me gusta la sociedad.

—No digo eso; es preciso que reveles tu talento. Tú sabes que toco el piano; bien...

—Buenamente bien, si señor ¡Muy bien toca usted!

—¡Adulador!... Gracias... No decía eso... Tú sabes que toco el piano; bien; pero esto es ya muy vulgar y muy visto. Quiero que se toque el piano á cuatro manos. Encárgate de ello; tú me entiendes; búscalo y tráetelo aquí. De pagar... tú le entretienes como sabes.

—Pero, señor, ¡tocar el piano á cuatro manos! Eso no lo he visto nunca. ¡No puede ser!

—Pues esta noche lo verás. ¡Anda!

Y sin esperar respuesta, el amo deja al criado perplejo, atónito, con la grave responsabilidad de buscarle un pianista que le acompañase á tocar. A los invitados no podía exigirles tal cosa, á riesgo de quedar como un hombre de poco más ó menos, sin distinción. Era menester un pianista, y había confiado tan arriesgada misión á su talentoso criado, que era todo un podenco, un bruto completo, que sus razones eran puñetazos, puñetazo limpio. Y por eso le consideraba el anfitrión un talento; porque cuando iban á visitarle sus acreedores é insistían en verle, el criado emprendía con ellos á golpes. Era una bestia hercúlea, que su amo la tenía siempre al día, sin adeudarle un centésimo.

La fiesta empezó á las nueve de la noche; estrenóla la niña menor, recitando algunas poesías, con ahogo y vaso de agua; luego... otra poesía, después... otra poesía. Los invitados se miraban desconsolados; pero era de ley esperar: el pianista no había llegado aún... Entonces ¡oh, entonces!... Y el anfitrión, muy risueño, muy campante, les consolaba anunciándoles una gran velada musical. ¡Piezas á cuatro manos!

Entretanto, mientras en la sala aguardaban ansiosamente al famoso pianista, el bruto del criado andaba por esas calles de Dios, devanándose los sesos por hallar al dichoso ser que habría de realizar la maravillosa proeza de tocar el piano á cuatro manos, según deseaba el amo. ¡Mire usted que era barbaridad semejante ocurrencia! ¡Tocar á cuatro manos! ¿Cómo iba él á buscar?... ¡Ah!...

Fué un rayo de luz; delirante de gozo, el criado dirigióse rápidamente hacia una calle... una hojalatería... ¡Sí, se tocaría á cuatro manos! ¡Y sin pagar nada!

En la sala aguardaban y aguardaban; las poesías habían hecho el gasto de la fiesta durante más de dos horas; mas era imposible continuar con ellas, pues algunos invitados, impacientes, miraban ya á la niña de muy mala manera. Entonces el dueño de casa resolvió hacer servir la compota de peras y el bizcochuelo, á fin de calmar á los concurrentes. La primera ronda fué recibida con mediano agrado, pues hay seres que pierden la razón por una compota de peras y son capaces de llorar de agradecimiento ante un trozo de bizcochuelo. Pero á la tercera ronda, los invitados se miraban entre sí con aire de furor contenido. Atragantándose, parecían decirse: «Esto es una broma de mal género, pero de mal género!» El anfitrión, notando esta situación, decía muy tranquilo, regocijado:

—Ahora vendrá el pianista, en seguidita. ¡Ya verán ustedes qué concierto!

De pronto, una niña empezó á dar voces, muy asustada, mirando al piano con doloroso apasionamiento:

—¡Me tragué un cabo, un cabo! ¡Dios mío!

El anfitrión, espantado, le preguntó:

—¿Un cabo de vela? ¡Es posible!... ¡Desgraciada niña!

—¡No, no: el cabo de una pera!

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó sonriente el dueño de casa.

—Me había usted alarmado; y haciendo una seña á su hija mayor, indicóle que pusiese otras velas en el piano, pues la única que ardía se estaba acabando ya.

Pasó un cuarto de hora, media hora. El pianista no llegaba. Sin embargo, el dueño de casa no perdía el ánimo; obsequioso, hacia servir más compota de peras y bizcochuelo á los invitados, que tenían ya unos rostros casi criminales, sombríos, torvos, semejantes al de un individuo á quien le pisa una

uña encarnada después de haber dormido una siesta con indigestión.

—Amigos míos, un poquito de paciencia—decía el anfitrión para consolarlos.—Pronto llegará el pianista, y ya se desquitarán ustedes de estas inquietudes. ¿Ustedes saben el mérito musical que tienen las piezas á cuatro manos?

Los concurrentes no respondían; aguardaban furiosos, devorándose las uñas; no querían marcharse atragantados de compota y bizcochuelo, sin oír música, pues hay criaturas desgraciadas—extrañas criaturas!—que se consuelan filarmónicamente. Y aguardaban el pianista.

En eso se oyó fuera un ruido insólito. El anfitrión, radiante, dió un paso:

—¡Ahí viene! ¡Ahí llega el pianista... ¡el profesor!

Muchos invitados se pusieron en pié al oír el término campanudo de profesor.

En seguida oyéronse gritos, chillidos horribles. Todos se miraban asombrados. El dueño de casa pensó con angustia: «Ese bruto es capaz de traer atado al pianista, dándole de puñetazos. ¡Me va á destruir el efecto de la entrada!» Creció el ruido, voces extrañas, alaridos que se acercaban... y como impulsada por una tromba, abrióse la puerta de la sala y apareció el criado sofocado, hecho una furia, diciendo á gritos:

—¡Esto es lo único que he encontrado, la única persona que puede tocar á cuatro manos!

Y arrojó en medio de la sala un mono.

C. L.



El retrato de hoy

AMBROSIO THOMAS

Teníamos en cartera su retrato, que la muerte ha venido á colocar, antes del tiempo que pensábamos, en nuestra galería de celebridades.

Era una gran figura de la música.

Poco conocido entre nosotros, debido al monopolio que la música italiana ejerce aún sobre nuestra atención, poco conocido como lo son Massenet, Reyer y Saint-Saens, muchos de nuestros lectores extrañarán quizá hallarse con una celebridad que solo incidentalmente oyeron nombrar una que otra vez.

Sin embargo, la obra de Ambrosio Thomas es grande; ha dado un tesoro á la ópera cómica y dos grandes obras á la historia de la música dramática.

Su adorable «Mignon», deliciosa poesía musical, es famosa, y su «Hamlet» admirado como modelo de concisión, inspiración segura y ciencia de orquestación.

La joven escuela francesa, tan brillante y llena de promesas, se ha formado bajo la dirección de Halévy y Thomas.

Había nacido en 1811.

Ha muerto pues á los ochenta y cinco años, ocupando el alto puesto de Director del Conservatorio de París.

Del tesoro de glorias de la Francia, desaparece con Ambrosio Thomas algo que deja un vacío grande como él.

Caras y Caretas

Aparece los domingos, impreso á tres tintas, con ocho páginas de interesante texto debido á reputadas plumas y distribuido en artículos y poesías festivas, de sátira política, actualidades, sección para damas, semblanzas de hombres célebres, teatros, Sport, novelas inéditas ó traducidas expresamente, sueltos, crónicas semanales, concursos, etc.

La parte artística comprende: caricaturas contemporáneas; grandes caricaturas políticas; retratos de damas uruguayas; galería teatral, escenas y tipos cómicos de comedia y zarzuela; cuentos vivos, reproducción de los principales dibujantes extranjeros; grandes retratos de personajes contemporáneos en todos los números, iguales á los de Alejandro Dumas (hijo), Daudet, Verdi, Edison, Campoamor, Julio Verne y Bretón que lleva ya publicados con inmenso éxito, y que constituirán una gran galería de celebridades; música, y multitud de grabados esmeradamente ejecutados.

Reparte a fin de año hermosas carátulas al cromo para la encuadernación del respectivo tomo.

Los dos tomos hasta la fecha publicados acreditan lo expuesto.

El precio de suscripción en la Capital es de un peso mensual.



CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



La gracia ajena

BAILE DE ETIQUETA
POR MECACHIS



1.—A falta de personal suficiente, el Ayuntamiento de Zaragoza contrató á un baturro para que hiciera de portero en un baile que la corporación iba á dar en la Lonja.



2.—Ya en su puesto, un consejal de la Comisión le dijo al baturro:
—Mira, aquí no entra nadie sin venir vestido de etiqueta.



3.—¿Y qué es eso? preguntó el baturro.
—Pues eso es ir vestido de frac.



4.—Tampoco entiendo jota.
—Que aquí no entra nadie con chaqueta. ¿Entiendes ahora?
—Perfectamente: vaya Vd. descuidado.



5.—Y sucedió que un oficial de húsares, ayudante del Capitán General, llegó al baile con uniforme de gala.



6.—¡Atrás! ¡Tú no pasas! dijo el baturro.
—¿Cómo que no?
—Ó vienes como todos ó no pasas.



7.—Pero ¡bruto! ¿No vengo de uniforme?
—¡Nada! ¡nada! decía el baturro señalando á los fracs. Ó te pones de eso ó no pasas.



8.—Se armó el tumulto consiguiente. Acudieron los consejales, quisieron informarse de lo ocurrido...



9.—Y el baturro exclamó:
—Aquí no viene nadie con chaqueta, y este quiere entrar con una puesta y otra al hombro.